

once, el señor de Condamin habló de que el jardín se iluminase. Pero ella calmó el entusiasmo de aquellos señores, diciendo que no estaría bien, y que no se debía aparentar que se burlaban de la ciudad.

—¿Y el Padre Fénil—preguntó bruscamente al Padre Faujas, llevándolo al hueco de un balcón.—Ahora pienso en él... ¿No ha resollado?

—El Padre Fénil es hombre de talento—respondió el cura con leve sonrisa.—Se le ha hecho comprender que hará muy mal en meterse en política en lo sucesivo.

El Padre Faujas, en medio de aquella triunfante alegría, permanecía grave. Tenía la victoria ruda. La charla de madame de Condamin le fatigaba; la satisfacción de aquellos ambiciosos vulgares le llenaba de desprecio. En pie, apoyado en la chimenea, parecía meditar con la vista perdida a lo lejos. Era el amo, y ya no tenía necesidad de mentir a sus instintos; podía alargar la mano, coger la ciudad, hacerla temblar; aquella alta figura negra llenaba el salón. Poco a poco, los sillones se habían acercado, formando círculo en torno suyo. Los hombres esperaban de él una palabra de satisfacción. Las mujeres le solicitaban con la vista como sumisas esclavas. Pero él, brutalmente, rompiendo el círculo, fué el primero en irse, despidiéndose con una frase breve.

Cuando entró en casa de los Mouret, por el callejón de las Chevillottes y por el jardín, encontró a Marta sola en el comedor, en una silla recostada en la pared, muy pálida, y mirando con vaga pupila la lámpara que se extinguía. Arriba, Trouché recibía, cantando una picardía graciosa, que Olimpia y sus invitados acompañaban dando en los vasos con el mango de los cuchillos.

## XX

El Padre Faujas puso la mano sobre el hombro de Marta.

—¿Qué hace usted aquí? — preguntó. — ¿Por qué no ha ido usted a acostarse?... Le había prohibido que me esperara.

Marta despertó como sobresaltada. Balbuceó:

—Creía que volvería usted más pronto. Me he dormido. Rosa ha debido de hacer té.

Pero el cura, llamando a la cocinera, la riñó porque no había obligado a su ama a acostarse. Le hablaba con tono de mando que no admitía réplica.

—Rosa, dé usted el té al señor párroco — dijo Marta.

—¡No necesito té!—exclamó él incomodándose.

—¡Acuéstese usted en seguida! Es ridículo. Ya no soy dueño de mis actos... Rosa, alúmbreme usted.

La cocinera le acompañó hasta el pie de la escalera.

—El señor cura sabe muy bien que no es culpa mía—dijo.—La señora es muy rara. Con lo enferma que está, no puede permanecer una hora en

su cuarto. Es preciso que vaya, que venga, que jadede, que dé vueltas por el placer de darlas, sin hacer nada... Yo soy la primera perjudicada; siempre me está estorbando... Después, cuando cae sobre una silla, tiene para rato. Se queda quieta, mirando hacia adelante con espanto, como si viera cosas abominables... Más de diez veces le he dicho esta noche que si no subía se incomodaría usted. Ni siquiera ha parecido oírme.

El cura subió la escalera sin responder. Arriba, delante del cuarto de los Trouche, alargó el brazo, como para golpear la puerta con el puño. Pero los cantos habían cesado; por el ruido de las sillas, comprendió que los convidados se retiraban, y se apresuró a entrar en su cuarto. Trouche, en efecto, bajó casi en seguida con dos camaradas recogidos bajo las mesas de algún cafetucho; en la escalera gritaba que sabía vivir y que iba a acompañarles. Olimpia se inclinó sobre la baranda.

—Puede usted echar los cerrojos—dijo a Rosa.—Como de costumbre, no volverá hasta mañana.

Rosa, a quien no había podido ocultar la mala conducta de su marido, la compadecía mucho. Echó los cerrojos gruñendo:

—¡Cásese usted! Los hombres le pegan o se van de juerga... ¡Ah! Prefiero estar como estoy.

Cuando volvió, encontró de nuevo a su amantada, caída en una especie de estupor doloroso, con las miradas clavadas en la lámpara. La sacudió, y la hizo subir a acostarse. Marta se había vuelto muy miedosa. Por la noche—decía,—veía grandes claridades en las paredes de su habitación, y oía violentos golpes en la cabecera. Rosa dormía ahora a su lado, en un gabinetito, desde el cual corría a tranquilizarla, al menor gemido.

Aquella noche, estaba desnudándose aún, cuando la oyó estertorar; hallóla en medio de los arrancados cobertores, con los ojos agrandados por un terror mudo, con los puños en la boca para no gritar. Tuvo que hablarle lo mismo que a un niño, separando las cortinas, mirando bajo los muebles, jurándole que se había equivocado, que no había nadie allí. Tales miedos terminaban por ataques de catalepsia, que la tenían como muerta, con la cabeza sobre la almohada, abiertos los ojos.

—Es que el señor la atormenta—masculló la cocinera al meterse por fin en la cama.

El día siguiente era uno de los de visita del doctor Porquier. Este iba a visitar a madame Mouret dos veces por semana, con regularidad. Le dió golpecitos en las manos, y le repitió con amable optimismo:

—Vamos, querida señora, eso no es nada... ¿Sigue usted tosiendo un poco, verdad? Un simple resfriado que se ha descuidado, y que curaremos con jaropes.

Entonces, quejóse Marta de dolores intolerables en la espalda y en el pecho, sin separar la vista de él, y buscando en su rostro, en toda su persona, las cosas que no decía.

—¡Tengo miedo de volverme loca!—dijo con un sollozo.

El doctor la tranquilizó sonriendo. El verle producía siempre a Marta viva ansiedad; la espantaba aquel hombre tan cortés y tan dulce. A menudo, prohibía a Rosa que le dejase entrar, diciendo que no estaba enferma, que no necesitaba ver continuamente un médico en casa. Rosa se encogía de hombros y continuaba haciendo entrar al médico. Por otra parte, éste acababa por no hablarle de su enfermedad, y parecía hacerle meras visitas de cortesía.

—A veces es impotente la ciencia — respondió con gravedad.—Pero la Providencia es inagotable en sus bondades... La pobre señora se ha visto muy trastornada. No la desahucio en absoluto. El pecho no está aún más que muy poco atacado, y el clima aquí es bueno.

Entonces comenzó una disertación sobre el tratamiento de las enfermedades del pecho, en el distrito de Plassans. Preparaba un folleto sobre este tema, no para publicarlo, porque tenía la destreza de no ser sabio, sino para leerlo a algunos amigos íntimos.

—Y he aquí las razones—dijo al terminar,— que me hacen creer que la temperatura igual, la flora aromática, las aguas salubres de nuestros ribazos, son de absoluta excelencia para la curación de las afecciones del pecho.

El cura había escuchado con su aspecto duro y silencioso.

—Se equivoca usted—respondió lentamente.— Madame Mouret está muy mal en Plassans... ¿Por qué no la envía usted a pasar el invierno en Niza?

—¿A Niza?—repitió el doctor inquieto.

Miró al doctor un instante; después, con complaciente voz:

—En efecto, estaría muy bien en Niza. En el estado de sobreexcitación nerviosa en que se encuentra, un cambio de aires daría buenos resultados... Tendré que aconsejarle ese viaje. Ha tenido usted una excelente idea, señor cura.

Saludó y entró en casa de madame de Condamin, cuyas menores jaquecas le ocasionaban extraordinarios desvelos. Al día siguiente, al comer, Marta habló al doctor en términos casi violentos. Juraba no recibirle más.

—El es el que me pone enferma—dijo.—¿Pues no me ha aconsejado esta tarde que viaje?

—Y yo lo apruebo—declaró el Padre Faujas, doblando la servilleta.

Ella le miró fijamente, palidísima y diciendo en voz baja:

—¿Usted también me echa de Plassans? ¡Me moriría en país desconocido, lejos de mis costumbres, de las personas queridas!

El cura estaba de pie, a punto de abandonar el comedor. Se acercó, y dijo con una sonrisa:

—Sus amigos no desean más que su salud. ¿Por qué se rebela usted de ese modo?

—No, no quiero, no quiero, ¿entiende usted?—dijo ella retrocediendo.

Hubo una corta lucha. La sangre se había agolpado a las mejillas del cura; había cruzado los brazos, como para resistir la tentación de pegar a aquella mujer. Ella, arrinconada a la pared, se había erguido, con la desesperación de su debilidad. Después, vencida, extendió las manos y balbuceó:

—Se lo suplico, déjeme aquí... Yo le obedeceré a usted.

Y al ver que prorrumpía en sollozos, el cura se fué, encogiéndose de hombros, con el aspecto de un marido que teme los ataques de llanto. Madame Faujas, que acababa de comer tranquilamente, había asistido al diálogo con la boca llena. Dejó llorar a Marta a sus anchas.

—No es usted juiciosa, querida hija—dijo volviendo a tomar dulces.—Acabará usted por hacer que Ovidio la deteste... No sabe usted llevarle... ¿Por qué se niega usted a viajar, cuando ha de hacerle a usted bien? Nosotros cuidaríamos su casa. Todo lo encontraría usted en su sitio.

Marta seguía sollozando, sin parecer que oyera.

—¡Ovidio tiene tanto en qué pensar!—continuó la anciana.—¿Sabe usted que muchas veces trabaja hasta las cuatro de la mañana? Cuando tose

usted de noche, se afecta mucho y se le van todas las ideas. No puede trabajar más, y sufre más que usted... Hágalo usted por Ovidio, querida hija; váyase usted y volverá buena.

Pero, levantando el rostro encendido por las lágrimas, y exhalando en un grito toda su angustia, gritó Marta:

—¡ Ah! ¡ El cielo miente!

En los siguientes días, no se volvió a hablar del viaje a Niza. Madame Mouret enloquecía a la menor alusión a él. Negábase a salir de Plassans, con tan desesperada energía, que el mismo cura comprendió el peligro de insistir sobre el proyecto. Marta comenzaba a embarazarle terriblemente en su triunfo. Como decía riendo Trouche, ella era la primera que debía haber ido a las Tullettes. Desde el encierro de Mouret, Marta se dedicaba a las más rígidas prácticas religiosas, evitando pronunciar el nombre de su marido, pidiendo a la oración el atontamiento de su ser entero. Pero permanecía inquieta, e iba a San Saturnino con más áspera necesidad de olvido.

—La casera pierde la chaveta por momentos— contaba una noche Olimpia a su marido.—Hoy la he acompañado a la iglesia, y he tenido que levantarla del suelo... Te reirías si te repitiera todo lo que vomita contra Ovidio; está furiosa; dice que no tiene corazón, que la ha engañado prometiéndole la mar de consuelos... Pues ¡y contra Dios! Hay que oírlo. Sólo una devota puede hablar tan mal de la religión. Cualquiera diría que Dios le ha estafado una gran cantidad de dinero... ¿Sabes qué te digo? Pues que creo que su marido viene de noche a tirarle de los pies.

Trouche se divertía de lo lindo con estos cuentos.

—Peor para ella—respondía.—Si el guasón de Mouret está allá encerrado, ella lo ha querido. Yo

de Faujas, ya sé cómo arreglaría las cosas; la pondría contenta y más blanda que un guante... Pero Faujas es tonto... Ya verás cómo le sale caro... Mira, hija; tu hermano no se porta bien con nosotros para que le saquemos del atolladero. Yo me reiré cuando la casera le haga dar el tumbo... ¡Qué diablo! Cuando uno es así, no se mete con las mujeres.

—Sí, Ovidio nos desprecia demasiado—murmuraba Olimpia.

Entonces Trouche bajaba la voz.

—Escucha... Si la casera se tirara a un pozo con el burro de tu hermano, nosotros nos quedaríamos los dueños... La casa sería nuestra... Habría una buena pacotilla que hacer. Ese sí que sería un buen desenlace.

Por otra parte, los Trouche habían invadido la planta baja, después de la partida de Mouret. Primero se había quejado Olimpia de que las chimeneas humeaban, allá arriba. Después, había acabado por persuadir a Marta de que el salón, abandonado hasta entonces, era la pieza más sana de la casa. Habiendo recibido Rosa orden de encender gran fuego en él, las dos mujeres pasaron allí días enteros, en conversaciones sin fin, frente a los enormes troncos que flameaban. Uno de los sueños dorados de Olimpia era vivir así, bien vestida, tendida en un canapé, en medio del lujo de una habitación hermosa. Decidió a Marta a cambiar el papel del salón, a comprar muebles y una alfombra. Entonces, fué toda una dama. Bajaba en zapatillas y bata, hablando como ama de casa.

—Esa pobre madame Mauret—decía,—tiene tantos quebraderos de cabeza que me ha suplicado que la ayude. Yo me ocupo un poco en sus asuntos. ¿Qué quieren ustedes? Es una buena obra.

Había sabido en efecto, ganar la confianza de

Marta, que, por cansancio, le confiaba los menudos cuidados de la casa. Ella era la que tenía las llaves de la bodega y de los armarios; además, pagaba a los proveedores. Mucho tiempo reflexionó para saber si maniobraría de modo que se instalase en el comedor ella también. Pero Trouche la disuadió de ello; ya no tendrían libertad de comer y beber a sus anchas, ni se atreverían siquiera a beber el vino puro ni a invitar a un amigo a tomar café. Pero Olimpia prometió a su marido subirle su parte de postres. Se llenaba los bolsillos de azúcar, y se llevaba hasta los cabos de vela. Con este fin, había cosido grandes bolsillos de hule, que se ataba bajo las faldas, y que, cada noche, tardaba en vaciar un buen cuarto de hora.

—¿Ves tú?—decía al amontonar las mezcladas provisiones en una maleta, que en seguida metía bajo su cama.

—Si llegamos a pelearnos con la propietaria, aquí tenemos con qué pasar un cuanto tiempo. Será preciso que me suba unos tarros de confitura...

—Demasiado haces al recatarte — respondía Trouche.—Yo que tú haría que todo me lo trajera Rosa, ya que tú eres el ama.

El se había adjudicado el jardín. Mucho tiempo había envidiado a Mouret al verle cortar los árboles, enarenar, regar las lechugas; acariciaba el sueño de tener él también un rinconcito de tierra, en el que cavaría y plantaría a su gusto. De modo que, cuando ya no estuvo allí Mouret, invadió el jardín con proyectos de cambios, de transformaciones completas. Comenzó por condenar las lechumbres. Decía que tenía el alma tierna y que le gustaban las flores. Pero el trabajo de la azada le fatigó al segundo día; llamóse a un jardinero, que por orden suya deshizo los cuadros, tiró las

lechugas a la basura, y preparó el suelo para recibir, en primavera, rosales, lirios, claveles, narcisos, pensamientos, geranios. Después, se le ocurrió una idea; creyó comprender que el luto, el aspecto negro de los arriates, provenía de aquellos grandes bojes sombríos que los ribeteaban, y meditó mucho tiempo el arrancar los bojes.

—Tienes mucha razón—declaró Olimpia al ser consultada.—Así parece un cementerio. Yo preferiría ribetearlos con esas ramas de hierro que imitan maderas rústicas... Yo convenceré a la casera. Manda arrancar los bojes.

Los bojes fueron arrancados. Ocho días más tarde, el jardinero ponía las maderas rústicas. Trouche quitó también varios árboles frutales que estorbaban la vista, hizo repintar las glorietas de verde claro, adornó el surtidor con rocambre. La cascada del señor Rastoil le tentó horriblemente; pero se contentó con elegir el sitio en que establecería una por el estilo "si los asuntos marchaban bien".

—¡No abrirán poco los ojos los vecinos!—decía por la noche a su mujer.—Bien verán que ahora hay aquí un hombre de gusto... Este verano, por lo menos, cuando nos asomemos a la ventana, olerá bien, y tendremos una hermosa vista.

Marta les dejaba obrar, aprobando todos los proyectos que le sometían; además, acababan por no consultarle siquiera. Los Trouche no tenían que luchar más que contra madame Faujas, que continuaba disputándoles la casa palmo a palmo. Cuando Olimpia se apoderó del salón, tuvo que sostener una batalla en regla con su madre. Poco faltó para que ésta no la ganara. El cura fué el que le estropeó la victoria.

—La bribona de tu hermana dice de nosotros todo lo mal que puede a la casera—se quejaba sin

cesar madame Faujas.—Yo le veo el juego... ¡Pues no se establece ahora en el salón, como una dama, la muy sinvergüenza!

El cura no oía, o hacía bruscos ademanes de impaciencia. Un día se enfadó y gritó:

—Madre, déjeme en paz, haga el favor... No me hable usted más de Olimpia ni de Trouche... ¡Que se dejen ahorcar si quieren!

—Se apoderan de la casa, Ovidio, tienen dientes de rata... Cuando quieras tú tu parte, todo lo habrán roído... Sólo tú les puedes hacer entrar en razón.

El cura miró a su madre con su leve sonrisa.

—Madre, usted me quiere—murmuró.—La perdono a usted... Tranquilícese; yo quiero otra cosa que la casa; no es mía, y yo no me quedo más que con lo que gano. Cuando vea usted mi parte se sentirá orgullosa... Trouche me ha sido útil. Hay que cerrar un poco los ojos.

Entonces madame Faujas tuvo que batirse en retirada. Lo hizo de muy mala gana, gruñendo al ver las risas de triunfo con que Olimpia la perseguía. El absoluto desinterés de su hijo la desesperaba en su voraz codicia, en su prudente economía de aldeana. Hubiera querido poner la casa en salvo, vacía y limpia, para que Ovidio la encontrase el día que de ella tuviese necesidad. Los Trouche, con sus largas uñas, le causaban una desesperación de avaro despojado por extraños; le parecía que devoraban su propiedad, que se le comían la carne, que les dejaban sobre la paja, a ella y a su hijo predilecto. Cuando el cura le hubo prohibido que se opusiera a la lenta invasión de los Trouche, resolvió la vieja salvar por lo menos del saqueo lo que pudiese. Entonces, se echó a robar en los armarios, como Olimpia; también se puso grandes bolsillos bajo las faldas, y

metió en un baúl todo lo que recogía, provisiones, ropa blanca y otros objetos.

—¿Qué esconde usted ahí, madre?—le preguntó una tarde el cura al entrar en su cuarto, atraído por el ruido que hacía la vieja al remover el baúl.

Ella balbuceó; pero él, comprendiendo, se entregó a una cólera espantosa.

—¡Qué vergüenza!—gritó.—¡Ahora es usted ladrona! ¡Qué pasaría si la prendieran! Sería yo la fábula de la ciudad.

—Es para ti, Ovidio—murmuraba ella.

—¡Ladrona! ¡Mi madre ladrona! ¿Cree usted quizá que yo robo también, que he venido aquí para robar, que mi única ambición es alargar las manos y robar? ¡Dios mío! ¿Pero qué idea tiene usted de mí? Tendremos que separarnos, madre, si no nos entendemos mejor.

Estas palabras anonadaron a la vieja. Esta se había quedado arrodillada delante del cofre, y se encontró sentada en el suelo, palidísima, ahogándose, con las manos extendidas. Después, cuando pudo hablar:

—Es para ti, hijo mío, para ti solo, te lo juro... Ya te lo he dicho, se lo llevan todo; ella se lo lleva todo en los bolsillos. A ti no te quedará nada, ni un terrón de azúcar... No, no tomaré nada más, puesto que eso te contraría; pero me conservarás contigo, ¿verdad? Me conservarás contigo...

El Padre Faujas no quiso prometerle nada hasta que hubiese puesto en su sitio todo lo que había quitado. Por espacio de cerca de una semana, él mismo dirigió la restitución secreta; le miraba llenarse los bolsillos, y esperaba que volviese a subir para hacer un nuevo viaje. Por prudencia, no le dejaba hacer más que dos viajes por la noche. La vieja se quedaba desconsolada a cada objeto que devolvía; no se atrevía a llorar, pero

lágrimas de pena le henchían los párpados; tenía las manos más temblorosas que cuando había vaciado los armarios. Lo que la acabó de anonadar fué el ver al segundo día, que su hija Olimpia, a cada cosa que ella devolvía a su sitio, iba detrás de ella y la cogía. La ropa, las provisiones, los cabos de vela, no hacían más que cambiar de bolsillo.

—No bajo ya nada más—dijo a su hijo rebelándose ante aquel imprevisto golpe.—Es inútil. Tu hermana va detrás de mí y lo recoge todo. ¡Ah, sinvergüenza! Tanto vale darle el baúl. Bonito almacén debe tener arriba... Ovidio, te lo ruego, déjame que me quede lo que aún tengo. No hará daño a la casera, porque, de todos modos, para ella está perdido.

—Mi hermana es lo que es.—respondió tranquilamente el cura.—Pero yo quiero que mi madre sea una mujer honrada. Me ayudará usted mejor no cometiendo tales acciones.

Madame Faujas tuvo que devolverlo todo, y, desde entonces vivió llena de odio feroz a los Trouche, a Marta, a la casa entera. Decía que había de llegar día en que tuviese que defender a Ovidio contra todo el mundo.

Entonces los Trouche reinaron como dueños. Acababan la conquista de la casa, penetrando en los más pequeños rincones. Sólo el cuarto del cura fué respetado. No temblaban sino delante de él. Lo cual no les impedía invitar a los amigos, hacer "comilonas" que duraban hasta las dos de la mañana. Guillermo Porquier acudía con partidas de jovencuelos. Olimpia, no obstante sus treinta y siete años, coqueteaba, y más de un colegial escapado la estrechó muy de cerca, lo cual le produjo risas de mujer feliz y con cosquillas. La casa fué para ella un paraíso. Trouche se reía, dándoles

bromas, cuando estaba solo con ella; el hombre pretendía haber encontrado bajo sus faldas una cartera de colegial.

—¡Toma!—decía ella sin incomodarse.—¿Acaso tú no te diviertes? Ya sabes que somos libres.

La verdad era que Trouche había estado a punto de comprometer aquella vida con una botarata demasiado gorda. Una religiosa le había sorprendido en compañía de la hija de un curtidor, de aquella pilluela rubia a quien se comía con los ojos hacía mucho tiempo. La pequeña contó que no era la única, y que otras también habían recibido bombones. La religiosa, conociendo el parentesco de Trouche con el párroco de San Saturnino, tuvo la prudencia de no divulgar la aventura, antes de haberle visto. El cura le dió las gracias y le hizo comprender que la religión sería la primera que padeciese con semejante escándalo. La cosa quedó tapada, y las damas patrocinadoras de la Obra nada sospecharon. Pero el Padre Faujas tuvo con su cuñado una explicación terrible, que provocó delante de Olimpia, para que la mujer poseyera un arma contra el marido y se pudiese hacer respetar. De modo que desde entonces, cada vez que Trouche la contrariaba, le decía Olimpia secamente:

—¡Ve a dar bombones a las niñas!

Mucho tiempo tuvieron otro motivo de temor. A pesar de la vida regalona que llevaban, y no obstante abastecerles de todo los armarios de la casera, estaban comidos de trampas en el barrio. Trouche se bebía el sueldo en el café. Olimpia empleaba en sus caprichos el dinero que sacaba de los bolsillos de Marta, contándole historias extraordinarias. En cuanto a las cosas necesarias para la vida, el matrimonio las tomaba religiosamente al fiado. Una cuenta que les inquietó mucho fué

la del pastelero de la calle de la Banne, la cual subía a más de cien francos. El pastelero era un bruto que les amenazaba con decírselo todo al Padre Faujas. Los Trouche vivían con el alma en un hilo, temiendo alguna escena espantosa; pero el día en que la cuenta fué presentada, el Padre Faujas pagó sin discusión, olvidándose hasta de dirigirles reproches. El cura parecía muy por cima de tales miserias; continuaba viviendo, rígido y negro, en aquella casa entregada al saqueo, sin percatarse de los dientes feroces que se comían las paredes, de la lenta ruina que poco a poco hacía crujir el techo. Todo se abismaba a su alrededor, en tanto que él iba derecho a sus sueños de ambición. Seguía acampando como un soldado en la gran alcoba desnuda, no concediéndose el menor bienestar, incomodándose cuando querían mimarle. Desde que era el amo de Plassans, volvía a ser socio; su sombrero estaba rojo, sus medias se llenaban de lodo; su sotana zurcida cada día por su madre, parecía el guiñapo deplorable, raído, de color de ala de mosca, que llevaba en los primeros tiempos.

—¡Bah! Aun está buena—respondía cuando a su alrededor aventuraba alguien algunas tímidas observaciones.

Y la exhibía, la paseaba por las calles, alta la cabeza y sin preocuparse por las extrañas miradas que le echaban. En él no había bravatas; era una pendiente natural. Ahora que creía no tener ya necesidad de agradar, volvía a su desdén de toda gracia. Su triunfo era presentarse tal como era, con su gran cuerpo mal tallado, su rudeza y sus estropeadas ropas, en medio del conquistado Plassans.

Madame de Condamin, herida por aquel olor

acre de combatiente que exhalaba su sotana, quiso reñirle maternalmente un día.

—¿Sabe usted que las damas empiezan a detestarle?—dijo riendo.—Le acusan de no hacer el menor gasto para aderezarse... Antes, cuando sacaba usted el pañuelo, parecía que un niño de coro balanceaba un incensario detrás de usted.

Pareció muy asombrado. No creía haber cambiado. Pero Octavia se acercó, y con amistosa voz:

—Vamos, querido párroco; permítame que le hable con el corazón en la mano... Hace usted mal en descuidarse. Apenas se afeita usted, ya no se peina, lleva los pelos como si acabara de darse de puñetazos. Le aseguro que eso causa muy mal efecto. Madame Rastoil y madame Delanfre me decían ayer que no le conocían a usted. Comprómete usted su triunfo.

El cura se echó a reír, con risa de desafío, moviendo su cabeza inculta y poderosa.

—Ahora estamos al cabo de la calle—se contentó con responder.—Será preciso que me tomen mal peinado.

Plassans, en efecto, tuvo que tomarle mal peinado. Del flexible sacerdote se desprendía una figura sombría, despótica, que doblegaba todas las voluntades. Su rostro, que de nuevo se había puesto terroso, tenía miradas de águila; sus gruesas manos se levantaban, llenas de amenazas y de castigos. La ciudad se quedó profundamente aterrada al ver crecer tan desmesuradamente al amo que ella misma se había dado, con el hábito inmundo, el olor fuerte, el pelo enrojecido de un diablo. El miedo sordo de las mujeres afirmó más aún su poder. Fué cruel para sus penitentes, y ni una sola se atrevió a dejarle; iban a él con escalofríos cuya fiebre les hacía gozar.

—Querida—confesaba madame de Condamin a



Marta.—Me equivocaba yo al querer que se perfumase. Me he acostumbrado y hasta me parece que está mucho mejor. ¡Eso es un hombre!

El padre Faujas reinaba sobre todo en el obispado. Desde las elecciones, había creado a monseñor Rousselot una vida de prelado holgazán. El obispo vivía con sus queridos libros, en su gabinete, en el cual el cura, que desde la estancia vecina dirigía la diócesis, le tenía bajo llave realmente, dejándole ver tan sólo a las personas de quienes no desconfiaba. La clerecía temblaba ante aquel amo absoluto; los curas viejos de cabellos blancos se encorvaban ante él con su humildad eclesiástica, con el abandono de toda su voluntad. A menudo, monseñor Rousselot, encerrado con el Padre Surin, lloraba gruesas lágrimas silenciosas; echaba de menos la dura mano del Padre Fénil, que tenía horas de caricias, en tanto que ahora se sentía como aplastado bajo una presión implacable y continua. Después sonreía, se resignaba, murmurando con su amable egoísmo:

—Vamos hijo mío, pongámonos a trabajar... No debería quejarme, porque tengo la vida que he soñado siempre; soledad absoluta y libros.

Suspiraba, y añadía en voz baja:

—Sería feliz si no temiera perderle a usted, querido Surin... El acabará por no tolerarle a usted aquí. Ayer me pareció que le miraba con ojos suspicaces... Se lo suplico, diga usted siempre lo mismo que él, póngase de su parte... ¡Ay! Sólo usted me queda.

Dos meses después de las elecciones, el Padre Vial, uno de los grandes vicarios de Monseñor, fué a establecerse a Roma. Naturalmente, el Padre Faujas se adjudicó la plaza, aunque estaba hacía mucho tiempo prometida al Padre Bourrette. Ni siquiera nombró a este último para la parroquia

de San Saturnino que él dejaba; se la dió a un cura joven y ambicioso, a quien había convertido en su hechura.

—Monseñor no ha querido oír hablar de usted —dijo secamente al Padre Bourrette cuando le encontró.

Y como el anciano sacerdote balbuceara que vería a Monseñor, que le pediría una explicación, añadió más dulcemente el Padre Faujas:

—Monseñor está demasiado enfermo para recibir a usted. Confíe en mí, que yo defenderé su causa.

Desde su entrada en la Cámara, el señor Delangre había votado con la mayoría. Plassans estaba abiertamente conquistada para el imperio. Hasta parecía que el cura se propusiera algo de venganza al tratar brutalmente a aquellos pobres burgueses, condenando de nuevo las puertecillas del callejón de las Chavillottes y obligando al señor Rastoil y a sus amigos a entrar en casa del subprefecto por la plaza, por la puerta oficial. Cuando se presentaba en las reuniones íntimas, todos aquellos señores estaban humildísimos ante él. Y tal era la fascinación, el sordo terror de su corpachón descuidado, que aun no estando él allí nadie se atrevía a aventurar el menor vocablo equívoco acerca de él.

—Es un hombre del mayor mérito—declaraba el señor Péqueur des Saulaies, que contaba con obtener una prefectura.

—Un hombre notabilísimo—repetía el doctor Porquier.

Todos asentían con la cabeza. El señor de Condamin, a quien acababa por poner nervioso tal concierto de elogios, se daba a veces el gustazo de dejarles cortados.

—Sea como sea—murmuraba,—no tiene buen genio.

Esta frase helaba a la tertulia. Cada uno de

aquellos vecinos sospechaba que su vecino se había vendido al cura.

—El gran vicario tiene excelente corazón—se aventuraba a decir prudentemente el señor Rastoil.—Sólo que como todas las grandes almas, la primera impresión es quizá un tanto severa.

—Lo mismo que yo, lo mismo. Yo soy muy bueno de llevar y siempre he pasado por hombre duro—exclamaba el señor de Bourdeu, reconciliado con la tertulia desde que había tenido una larga entrevista secreta con el Padre Faujas.

Y el presidente, deseoso de tranquilizar a todo el mundo:

—Saben que se habla de un obispado para el gran vicario?

Entonces todos respiraban. El señor Maffre contaba con que el Padre Faujas sería obispo en el mismo Plassans, una vez que partiese monseñor Rousselot, cuya salud vacilaba.

—Todos ganaríamos—decía ingenuamente el Padre Bourrette.—La enfermedad ha agriado a monseñor, y yo sé que nuestro excelente Faujas hace los mayores esfuerzos para destruir en su espíritu ciertas prevenciones injustas.

—A usted le quiere mucho—aseguraba el juez Paloque, que acababa de ser condecorado.—Mi mujer le ha oído quejarse del olvido en que le dejan a usted.

Cuando el Padre Surin estaba allí, hacía coro a los elogios; pero aunque tenía la mitra en el bolsillo, según frase de los curas de la diócesis, le preocupaba el triunfo del Padre Faujas. Mirábale, ofendido por su rudeza, y recordando la profecía de Monseñor, buscaba el rayo que había de hacer polvo al coloso.

Entre tanto, todos estaban satisfechos, salvo el señor de Bourdeu y el señor Péqueur des Sau-

laies, que aun aguardaban los favores del Gobierno. De manera que ambos eran los más ardientes partidarios del Padre Faujas. Los otros, en verdad, se habrían rebelado de buena gana, de haberse atrevido; estaban cansados de agradecimiento continuo exigido por el amo, y deseaban ardentemente que una mano valerosa les libertara de él. De modo que cruzaron raras miradas, en seguida desvanecidas, un día en que madame Paloque preguntó, afectando indiferencia:

—Y ¿qué ha sido del Padre Fénil? Hace un siglo que no oigo hablar de él.

Reinó un profundo silencio. Sólo el señor de Condamin era capaz de aventurarse por tan escabroso terreno; todos le miraron.

—Creo—dijo tranquilamente,—que está emparedado en su finca de las Tullettes.

Y madame de Condamin añadió con irónica sonrisa:

—Podemos dormir tranquilos; es hombre muerto, y no volverá a meterse en los asuntos de Plassans.

Sólo Marta seguía siendo un obstáculo. El Padre Faujas sentía que se le escapaba cada día más; endurecía su voluntad, apelaba a sus fuerzas de hombre y de cura para doblegarla, sin lograr moderar en ella el ardor que él le había inspirado. Marta iba al término lógico de toda pasión, exigía avanzar cada vez más en la paz, en el éxtasis, en el anonadamiento perfecto de la dicha divina. Y era para ella una angustia mortal el estar como emparedada en el fondo de su carne, sin poder elevarse a aquel dintel de luz que creía divisar cada día más lejos, cada día más alto. Ahora tiritaba en San Saturnino, en aquella fría sombra en que había gozado contactos tan llenos de ardientes delicias; el ronquido de los órganos pasaba sobre su